

Cuál es la identidad de la «identidad étnica»

Pedro Gómez García

Anuario Etnológico de Andalucía 1995-1997. Sevilla, 1999: 157-159.

Mediante estas consideraciones fragmentarias, que sin duda exigirán mayores demostraciones, no pretendo de ninguna manera restar importancia a los estudios minuciosos de las identidades socioculturales. Son necesarios e insustituibles. Lo que quisiera es plantear el marco teórico desde el que conceptualizar e interpretar tales estudios étnicos o etnológicos.

Empezaré preguntándome lo siguiente: Las nociones de *identidad cultural*, de *etnicidad* y de *etnia* ¿son conceptos teóricos consistentes o más bien endeble? Más aún, ¿son siquiera conceptos científicos?

No se trata de negar el hecho de las diferencias y particularidades, que es evidente, sino de replantear el enfoque teórico desde el que las comprendemos.

Se trata de nociones descriptivas, que designan ciertos fenómenos observables, pero seguramente sin un alcance nomotético. Deben ser comprendidos y explicados desde otro nivel, en el que los particularismos se remitan al concepto antropológico de cultura, en perspectiva evolutiva y paradigmática.

La «identidad genética» ayuda a pensar la «identidad cultural»

Será esclarecedor trazar un paralelismo con la historia del concepto, hoy científicamente obsoleto, de *raza*, que se utilizó desde el siglo XVIII hasta los años sesenta del siglo XX, con la pretensión de explicar las diferencias observables entre las distintas poblaciones de nuestra especie. El desarrollo de la genética de poblaciones terminó por disolver la idea de raza, que fue abandonado por la antropología física.

Actualmente, lo que se estudia es 1) el genoma humano, común a toda la especie *homo sapiens*, y 2) la diversidad o polimorfismos genéticos de la especie, distribuidos por las distintas poblaciones, mensurables en términos de perfiles estadísticos, variables a lo largo del tiempo. No existen prototipos fijos, o patrones raciales, que nos permitan clasificar a los individuos en tal o cual raza (pues, dotados de unos cien mil genes, cada uno de ellos con una variabilidad que puede afectar a numerosos alelos, las coincidencias genéticas de un individuo con otros dependerán de qué conjunto de rasgos, entre otros muchos miles, escojamos arbitrariamente para establecer la comparación). En resumen:

1. Todos los seres humanos pertenecemos a una sola y única especie, procedente de África, expandida por el Viejo Mundo hace 70.000 años, y en el Nuevo hace 40.000.

2. Todas las diferencias genéticas poblacionales son relativamente recientes, resultado de adaptaciones a las condiciones ecosistémicas y climáticas; de la deriva genética espontánea y la recombinación; y de mestizaje entre poblaciones. Nunca ha habido «razas puras». (Las poblaciones llamadas «blancas» resultaron de mezclas entre poblaciones asiáticas y africanas —cfr. Cavalli-Sforza—.)

3. No es posible trazar fronteras genéticas netas entre unas poblaciones humanas y otras.

4. Las características genéticas dominantes en una población no se transmiten como un todo compacto, sino como rasgos sueltos, recombinables, que pueden pasar de una población a otra. (No hay ningún conjunto estable ni cerrado de rasgos raciales: no hay «razas» como prototipos permanentes.)

5. Toda la variabilidad genética de los individuos humanos pertenece a la riqueza del genoma humano, propio de la especie. Un individuo de una población puede compartir más rasgos genéticos con individuos de otras poblaciones que con otros individuos de la suya propia. La variabilidad génica intrapoblacional alcanza el 85% de los rasgos; mientras que la variabilidad entre una población y otra sólo alcanza el 15%.

Pues bien, si esto ocurre con la «identidad genética», que está determinada y cerrada para cada individuo desde la formación del cigoto, ¿qué pensar de la «identidad cultural», dado que los rasgos culturales evolucionan de manera mucho más rápida y que son modificables incluso a lo largo de la vida individual?

Donde antes he dicho «raza» pongamos ahora «etnia», «etnicidad» o «identidad cultural»...

No hay cultura originaria de ninguna población, históricamente considerada.

No hay ninguna cultura exclusiva de una población; la cultura es por naturaleza transmisible entre todos los miembros de la especie.

No hay ninguna vinculación necesaria entre una población y un territorio: todas las poblaciones han venido de otra parte en otro tiempo... Es la especie la que es ecuménica: llevó a cabo la diáspora continental. Las migraciones que llevaron a la diáspora llevan hoy al reencuentro. La diversidad producida y distribuida geográficamente tiende a reubicarse localmente, generando nuevos mestizajes... Tal vez se va pasando de una determinación territorial (*cuius regio eius religio*) a una creciente opcionalidad individual (puesto al alcance de cada uno escoger en buena medida su modo de vida, sus creencias...).

El peligro de los estudios de «identidad» o de «etnicidad» está en reificar la identidad y la etnicidad. En el fondo, sería caer en el esencialismo heideggeriano: la esencia del pueblo, la «voluntad de esencia».

La noción de «identidad» resulta ambivalente

La noción de identidad resulta ambivalente y engañosa porque sirve para designar tanto lo *común* o compartido (lo que es idéntico entre ambos términos de comparación o relación), como lo *diferencial* (se acaba llamando identitarios a los rasgos diferenciales, muy pocos frente a los rasgos compartidos). Lo común en la especie (y por tanto entre todos los individuos) es siempre más y más importante que lo diferencial. De forma análoga, lo común en la cultura (y por tanto entre todas las sociedades humanas) es siempre más y más importante que lo diferencial.

Entre los rasgos culturales hay rasgos *adaptativos* y rasgos *optativos*. Los adaptativos dependen de las condiciones tecnoecológicas. Los optativos, en principio, son adoptables en cualquier lugar.

La identidad se forma, reforma y transforma en el tiempo

No hay esencia biológica y, menos aún, cultural. Concebir la identidad biocultural como un inventario de características ínsitas, originarias, propias y permanentes de una sociedad es reinventar un mito nazi. Toda identidad es temporal y pasajera. Toda cultura es temporal.

Se plantea la relación de la identidad con el territorio, es decir, con el *espacio*; pero tiene que ver mucho más con el *tiempo*. La relación con el territorio es extrínseca, forma parte del ecosistema, en el que necesariamente está incardinado el sistema sociocultural. Pero la relación con el tiempo es intrínseca a la cultura, acumulación irreversible de una historia. Al entrar en contacto, las culturas se vuelven contemporáneas. Aunque sus tiempos hayan recorrido caminos separados — desarrollos socioculturales diferenciados —, al intercambiar entre sí, crean un tiempo compartido, más rico y complejo. Toda identidad social, grupal o individual es resultado de la historia de las irrupciones de otros, de la relación con otros, de la apropiación de rasgos bioculturales procedentes de otros sitios y otras épocas.

El enfoque de los que privilegian la «etnicidad» no difiere, en realidad, de los que propugnan una globalización homogeneizadora, salvo en la pretensión de imponer la propia particularidad a los demás. Los puritanos de la etnicidad lo que se proponen es salvar el «alma del pueblo». Pero si ya es difícil delimitar lo que es un pueblo (al carecer de fundamento científico la idea de raza), pretender definir su alma —su inconfundible identidad espiritual, cultural, étnica, nacional— no parece otra cosa que ir a la caza de fantasmas. Sólo como fantasía, ilusión y mito captaremos esa «alma».

Pues no tiene existencia más allá de una observación de hechos mostrencamente empirista, y más acá de lo imaginario, como teatro de guiñol manejado por intereses frecuentemente sin identidad confesable. Lo que se suele llamar identidad es casi siempre poco más que la máscara de unos intereses.

El cierre en una identidad biocultural aleja de la humanidad

El cierre de una pretendida «etnia» en su propia supuesta identidad (cosa en realidad imposible de lograr) conduciría teóricamente a un ponerse en camino para salir de la humanidad. El completo aislamiento reproductivo y la total incomunicación cultural, a largo plazo, llevaría evolutivamente a un proceso de especiación... Una «etnia» que se cerrara herméticamente en sí misma (rechazando todo intercambio genético y cultural para preservar su identidad) se estaría colocando al margen de la historia humana. A la inversa, el reconocimiento de la propia humanidad impone la apertura a los otros seres humanos y sus formas culturales y, por consiguiente, exige la relativización radical de toda idea de raza y de etnicidad, concebida como sistema esencial. Ninguna identidad determinada es esencial, ni originaria, ni superior, ni definitiva. Toda su realidad es hija del tiempo —de la evolución— y sigue sometida a las mutaciones y re-combinaciones, a la selección natural y cultural.

¿Qué se esconde detrás de la fachada de la identidad étnica y cultural?

La inmensa mayoría de las semejanzas y diferencias pasan desapercibidas; no se les atribuye valor identificatorio. Propiamente la identidad diferencial se puede afirmar entre dos grupos que fueran hipotéticamente idénticos en lo biológico y lo cultural, basándose en la simple constatación empírica de que uno no es el otro —como ocurre con los gemelos— (se trazaría una raya arbitraria entre ambos, o se introducirían camisetas de dos colores distintos para instaurar la diferencia «identificadora»). Lo cierto es que, en todos los planos, hay y se generan constantemente diferencias. Y la *pregunta clave* es qué hace que, en algunos casos, se seleccionen e instrumenten ciertas diferencias para configurar y afirmar «identidades».

Las diferencias que se consignan como componentes de una identidad se tendrían por irrelevantes si no fuera por lo que sostiene su exhibición, generalmente ocultándose y enmascarándose tras ellas. Lo que está en juego indefectiblemente son relaciones de propiedad y relaciones de poder. Se clasifican diferencias para jerarquizar y dominar. Si se crearan condiciones para que todos los logros de la humanidad sean accesibles a todos los humanos, la defensa de la etnicidad cerrada sería cosa de imbéciles. La reificación o absolutización de una identidad generalmente contribuye a estorbar la accesibilidad de incontables logros humanos —prejuiciosamente tomados como extraños—.

El mestizaje fue y será el camino de la humanidad

Rechazo todo universalismo abstracto y homogeneizador. La globalización homogeneizadora no es la universalidad sino la imposición de un particularismo opresor y etnocida. Los seres humanos necesitamos un útero cultural... una cultura materna, una comunidad humana concreta, cercana, cálida. Pero todas ellas son ya de origen mestizo, impuras e inestables.

Es necesario articular lo local, lo regional y lo mundial. Se trata de pertenencias concéntricas... Todos tenemos múltiples identidades, que se envuelven unas a otras, que se alternan, que se activan según las circunstancias...

El progreso humano, las síntesis culturales, presuponen siempre la permeabilidad interétnica e intercultural, la comunicación. Esta interfecundidad antropológica demuestra que todas las *formas culturales* pertenecen a la misma *especie*, realizan fenoménicamente la cultura humana.

Lo mismo que todos los polimorfismos genéticos pertenecen al patrimonio del genoma humano, todo el pluralismo sociocultural pertenece a la específica *cultura humana*. Lo mismo que la población de cada territorio está abierta al mestizaje genético, está también abierta al mestizaje cultural —mucho más versátil y rápido que aquél—.

Precisamente el concebir todas las formas particulares como realización de la cultura humana es lo que les reconoce a todas su pertenencia a la plena humanidad. Mientras que la afirmación particularista de una «etnicidad» en sí misma pelagra confundir su particularidad cerrada con la «humanidad», enfrentada a las otras formas, que resultarán extrañas y no se considerarán igualmente humanas. Es preciso reconocer antes las identidades más básicas, que son a la vez más universales. Deberíamos considerar que somos antes humanos (miembros de la especie) que de tal pueblo (población de la especie, sociedad concreta); que somos antes miembros de una población que de una variedad cultural determinada (forma religiosa, lingüística, política, económica); que somos antes seres culturales que miembros de una civilización particular; y antes miembros de la tradición civilizatoria a la que pertenecemos que de una «etnicidad» regional.

Si no nos reconocemos en primer lugar como seres humanos (antes que de tal variedad biocultural o sociocultural), difícilmente reconoceremos como humano al otro de otra cultura, a quien tampoco reconoceremos en primer lugar como ser humano, sino como un extraño cultural.

Hay que cambiar el significado de las fronteras

Las fronteras regulan territorios, operan aperturas y cierres. La gran muralla china es una reliquia y el muro de Berlín cayó, pero persisten infinidad de barreras

excesivamente cerradas, o excesivamente abiertas. El cierre es necesario para la preservación. La apertura es imprescindible para el progreso humano. Los humanos no tenemos raíces. No somos plantas, sino animales, mamíferos, primates, homínidos. Y como tales necesitamos sentirnos en nuestra casa y, a la vez, salir, estar con otros y curiosear e intercambiar, etc. Para esta existencia humana, los límites no son ya la tribu ni la nación. El planeta es nuestra casa, la especie nuestra familia, la cultura nuestra herencia histórica. Los territorios, las poblaciones, las formaciones socio-culturales hay que entenderlos como partes del todo, relacionando partes y todo sin reducir ningún polo al otro. La unidad de la humanidad emerge del diálogo entre la diversidad.

Las razones que la antropología ha tenido para delimitar *una cultura*, a saber, sus diferencias respecto a otras y la constitución de un sistema coherente, con un modo de subsistencia o producción propio, una organización social y política, unas creencias, rituales y saberes, son las mismas razones que hoy existen, en un mundo unificado en la base tecnoeconómica y sin fronteras en la difusión de rasgos culturales, para negar la vigencia e incluso la posibilidad de identidades culturales autosuficientes y cerradas, y para afirmar la primacía del concepto de *la cultura humana*, que debe encerrar toda la diversidad antroposocial. Cada vez, la diferenciación cultural se dará más entre los individuos que entre las poblaciones. El concepto de etnia/ethnicidad ha perdido significación y carece de poder explicativo. La especie humana desarrolló las formas culturales como modo específico de adaptación y evolución histórica. Y todos los logros culturales deben estar ahí, *por derecho propio*, a disposición de los individuos humanos y de su asociación/organización territorial y global.

Además, los grandes problemas actuales del mundo, que sólo podrán resolverse a nivel supranacional, implican unos intereses comunes a toda la humanidad, lo que pone de relieve la identidad humana, la identidad terrestre.

Toda *diferencia* puede ser causa de *antagonismo*, pero también de *complementariedad*. La tensión puede resolverse en términos de relaciones de dominio y subordinación jerárquica (que en casos extremos llevan al exterminio del otro diferente); o bien puede resolverse en términos de intercambio, diálogo, puesta en común y transacción en los conflictos y fricciones (étnicas, sexuales, clasistas, etc.). Sólo esta última vía cumple las condiciones de la vida en común, que requiere el reconocimiento del otro: aceptar la necesidad que todos tenemos de que el otro nos reconozca, para ser nosotros mismos.